

Entrevista a Myrtha Hebe Chokler

Realizada el día 16 de abril de 2023

Myrtha Hebe Chokler

Dra. en Fonoaudiología y Psicología, maestra, terapeuta psicomotriz, formadora de formadores en diversas Universidades y Escuelas de Psicomotricidad.

Sara Manchado Hueso

Maestra, psicomotricista, pedagoga sistémica (actualmente jubilada), miembro de la APP y coordinadora de la revista Entre Líneas.

Sara Manchado: Primero te pido que te presentes como persona y como profesional.

Myrtha Chokler: Soy una persona que siente el privilegio de haber vivido intensamente, con afectos sinceros, dolores y luchas. Y también me siento realmente muy contenta de haber encontrado hace muchos años, no solamente en mi vida personal, sino en el orden profesional este camino de la psicomotricidad. En particular esta práctica que nos nuclea y que también me ha permitido ir reflexionando, integrando distintas experiencias, saberes, dudas.

S.M.: ¿Cómo llegaste a la práctica psicomotriz o a la psicomotricidad? ¿Podrías enmarcarnos un poco tu ámbito de intervención profesional?

M.CH.: Vengo del campo de la Fonoaudiología que en Argentina se desarrolla en las áreas de la fisiología y la patología de la audición, de la palabra y del lenguaje, de la comunicación, de la voz. La elección de hacer un camino en esta área, desconocida para mí, al principio de mi formación, cuando acababa de salir de la escuela media como maestra primaria, la

fonoaudiología significó realmente una experiencia interesante, pero siempre incompleta, escasa, siempre necesitaba de algo más.

En esa época, a fines de la década de los 50, tuve la suerte de tener como profesor al Dr. Julio Bernaldo de Quirós, muy joven, dinámico, pero también un poco extraño en los ambientes académicos; digamos que era innovador en el campo del lenguaje y la patología del lenguaje para ciertas rigideces en los campos universitarios. Él nos hablaba de psicomotricidad y en particular de los aportes de Julián de Ajuriaguerra, que había conocido durante sus estudios en Francia.

A raíz del interés que me había despertado este profesor, le consulté cuando tuve la ocasión de hacer mi primer viaje a Europa en los años 1970. Me dio una carta de presentación para una ortofonista muy conocida en Francia, Mme. Borel Maisonny, una muy prestigiosa pionera de la terapia de los trastornos del lenguaje, que también colaboraba con Ajuriaguerra. Desde entonces pude conocer la profundidad, la amplitud, el desafío que representó en aquella época. Estamos hablando prácticamente de más de 60 años atrás, con esta visión todavía bastante poco

Myrtha Hebe Chokler



delimitada, que ocupaba lugares por ejemplo en los servicios públicos de salud. Como los psicomotricistas sabemos, el Dr. Ajuriaguerra, había estudiado medicina en la Universidad de París y trabajaba como interno en el hospital Henri Rousselle. Él abrió en este hospital, que formaba parte del complejo del hospital Sainte-Anne, el primer servicio de Psicomotricidad y Lenguaje. ¡Era una enorme novedad! Eso hizo que el Dr. Bernaldo de Quirós, que era neurofona, cuando regresó a Argentina se interesara particularmente en esta práctica ligada a los problemas fonoaudiológicos.

Digo esto porque la psicomotricidad es un organismo vivo, que viene de muy lejos y que tiene sus antecedentes, que no fue inventada particularmente por nadie, sino por muchas reflexiones y aportes científicos. Realmente

ha hecho inmensas transformaciones desde entonces, como un embrión en la vida intrauterina, hasta nacer como disciplina y como profesión.

La psicomotricidad me tocó profundamente: fue como una manera de implicar a la persona, a las personas, de implicarme en un tipo de relación, que no fuera solo para enseñarles a pronunciar, a hablar, o a emitir mejor la voz. Era algo totalmente distinto. A partir de mi experiencia con Borel Maisonny en Francia fui acercándome a la psicomotricidad. Allí conocí a mi amiga Françoise Désobeau, ortofonista y psicomotricista, que fue presidenta de la Sociedad Internacional de Terapia Psicomotriz.

Con estas aproximaciones, cuando regresé a Argentina formamos un grupo de estudio con unas psicopedagogas, una psicóloga y varias

La psicomotricidad es un organismo vivo, que viene de muy lejos y que tiene sus antecedentes, que no fue inventada particularmente por nadie, sino por muchas reflexiones y aportes científicos.

Quiero decir que en este camino y en el proceso de aprender y al mismo tiempo compartir, en lo que una aprendía con los alumnos era donde realmente se construía este ejercicio extraordinario de aprender y enseñar, en una situación dinámica...

educadoras de escuelas infantiles y terapéuticas ocupacionales. Leíamos y realizábamos experiencias entre nosotras. Fue un grupo reducido que inmediatamente creció, abriéndose, y con el que después de un tiempo creamos un primer Instituto de Psicomotricidad en Buenos Aires. Más adelante organizamos las primeras Jornadas de Psicomotricidad a las que concurren, muy interesadas, más de 80 personas provenientes de todo el país. Eso dio origen ya en 1977 a lo que sigue siendo la Asociación Argentina de Psicomotricidad. Ya estábamos en plena época de la dictadura militar en esos años muy duros, sufriendo persecuciones y represión, desapariciones de personas y con todos esos avatares políticos fuimos delineando nuestra Primera Escuela de Psicomotricidad, con más ganas que saberes, con más entusiasmo que formación real. Fue un proceso de ir formándose en la formación, ir armándose, aprendiendo juntos con nuestros participantes en los cursos.

Años después supimos que había otro curso en Córdoba, en un Instituto que realizaba un profesorado en Psicomotricidad. Como muchas veces sucede en Argentina, los que estamos en la capital ignoramos lo que está sucediendo en otras partes del país. Quiero decir que en este camino y en el proceso de aprender y al mismo tiempo compartir, en lo que una aprendía con los alumnos era donde realmente se construía este ejercicio extraordinario de aprender y enseñar, en una situación dinámica, donde los que estábamos éramos formadores y éramos formados por nuestros formandos.

En ese momento, las y los fonoaudiólogos que yo conocía no tenían esta mirada. Por lo tanto fue un importante desafío crear un departamento de terapia del lenguaje con psicomotricidad en el Servicio de Otorrinolaringología del Hospital Escuela Gral. San Martín, dependiente de la Facultad de Medicina. Allí los médicos se sorprendían, los jefes de servicio

se preguntaban: ¿qué es lo que hacen ahí, con esta “psico qué”...? Poco después me propusieron abrir un Seminario en la Carrera de Fonoaudiología de la Universidad del Salvador, que se convirtió en la Cátedra de Psicomotricidad y que todavía existe.

Se hizo un camino muy interesante en estos lugares. Estoy hablando de hace 45 años más o menos de desarrollo, durante los que yo me sentí sumamente implicada. Reconozco que también aprendí mucho de mis hijas; fui una madre muy joven: tuve mi hija mayor a los 20 años, y no sabía nada de lo que era un bebé, un niño. También en ese trayecto providencial encontré a algunas personas que se constituyeron realmente como mis maestros. Uno de ellos fue Bernard Aucouturier, a quien invité por primera vez a la Argentina en el año 1981. Desde entonces empezó a venir prácticamente todos los años para hacer formaciones con nosotros en nuestra Institución, el Centro de Investigación y Docencia para la Salud y la Educación (C.I.D.S.E), que se convirtió más adelante en FUNDARI (Fundación por los Derechos de la Infancia), y en la Universidad de Cuyo fue cuando abrimos la Carrera.

Me encontré a otra de mis maestras, Agnès Szanto, en un Congreso de Psicomotricidad en Francia en 1985. Ella me abrió las puertas para conocer las experiencias y los aportes de la Dra. Emmi Pikler de Budapest. Yo había participado en una mesa redonda con una comunicación que llamó mucho la atención, sobre los dibujos de niños de 4 y 5 años en Argentina bajo la dictadura.

En ese Congreso, transitando por los pasillos, descubrí una sala inmensa repleta de gente, donde se estaba proyectando una película en la que se veían niños como no había visto en mi vida. Trepaban, saltaban, sin gritos ni llantos, jugaban con una extraordinaria concentración. Niñitos muy pequeños que no caminaban aún subían y bajaban las escale-

Myrtha Hebe Chokler

ras gateando de manera autónoma. Me dije: ¿qué es esto? La ponente era Agnès Szanto, con quien pude conversar en un almuerzo que compartimos en ese espacio. Desde aquel momento me abrió las puertas a las experiencias de la doctora Emmi Pikler y al Instituto Loczy de Budapest. Al día siguiente me invitó a su casa y pude ver un cuarto lleno de filmaciones, en aquella época en celuloide. Eran kilómetros de registros realizados durante años, que veíamos y analizábamos con la moviola que usaba para ensamblar escenas. Aquellos aportes me empezaron a deslumbrar, sobre todo porque yo veía los efectos en esos niños que vivían en ese orfelinato organizado por Pikler. Entonces, si esos niños podían vivir intensamente, tan activos, interesados, alegres, comunicativos, si eso era posible con niños tan pequeños, de 0 a 4 años, ¿cómo lo lograban? Supe que E. Pikler en 1946 se había hecho cargo de esta Institución que después se conoció como Instituto Lóczy (nombre de la calle donde estaba ubicada), y se convirtió en el Instituto Nacional de Metodología Pedagógica. Fue una institución donde los bebés llegaban muchas veces directamente desde la maternidad, que no estaban con sus familias, o bien porque éstas no los podían acoger o bien porque estaban muy enfermos, o habían muerto, ya que esto sucedía al final de la segunda guerra mundial. Había muchísimos niños huérfanos, cuyos padres y madres transitaban situaciones de enfermedades mentales, de tuberculosis, con problemas con la justicia y/o con pobreza extrema. Yo tenía la idea de los niños institucionalizados, uniformizados, carenciados en todo sentido y al ver aquéllos en Lóczy ¡pude constatar que otra vida para ellos era posible! Emmi Pikler, en su práctica como pediatra de familia, al principio y luego en el Instituto, había podido observar a los niños moverse libremente y constatar la existencia de un programa genético del desarrollo fisiológico

postural autónomo. Descubrió la calidad y armonía que se manifestaba en cada etapa con una serie de pasajes de posturas, de desplazamientos, que no se conocían hasta entonces, o porque en los modelos de crianza se les impedía, o no se los consideraba significativos ni en los manuales ni en los protocolos que se usaban. En estos protocolos y manuales solamente aparecían como hitos una síntesis escueta de algunas posturas impuestas por los adultos: sostener la cabeza, quedarse sentado, ponerse de pie y caminar, decir palabras, y las edades esperables. Yo diría que esos hitos sólo expresaban la posibilidad de los niños de someterse a las maniobras exigentes de los adultos. Estos hallazgos de Pikler tenían profundas implicaciones desde el punto de vista de la psicomotricidad y de su práctica.

Me di cuenta de que las ideas de Pikler convergían con las de otros autores que había leído, con los que me había formado. Era una concepción de sujeto, de niño, de persona, que había estudiado profundamente en Henri Wallon, por ejemplo, y que compartía en su totalidad.

El desarrollo de una motricidad libre, más autónoma, resultaba con una calidad y cualidad de armonía en estos niñitos que los hacía parecer integrantes de un ballet, con habilidad y prudencia, por el cuidado de sí mismos. Entonces tomé conciencia de que la motricidad en sí, la calidad de ésta, la potencialidad de poner en marcha aquello ya maduro, ya integrado y no solamente responder al mandato del adulto, a reaccionar bien o mal a sus consignas, tenía efectos extraordinarios. Comprobé en la práctica que, durante su actividad autónoma, los niños ponían en ejercicio todos los instrumentos que tenían, su cuerpo, su disponibilidad corporal y mental al mismo tiempo. En la manipulación de los objetos hacían y pensaban cosas sorprendentes, que una ni se imaginaba. Mirando a

Emmi Pikler, en su práctica como pediatra de familia, al principio y luego en el Instituto, había podido observar a los niños moverse libremente y constatar la existencia de un programa genético del desarrollo fisiológico postural autónomo.

Aprendí, gracias a la delicada generosidad de Bernard Aucouturier, sobre su práctica educativa y terapéutica, y sobre la formación en su Práctica Psicomotriz, sobre sus contenidos y su didáctica, así me permitió convertirme en formadora de la ASEFOP.

estos niños sentía menos deseos de intervenir directamente para enseñarles algo, porque era evidente que lo que estaban haciendo era maravilloso y yo tenía que aprender de lo que me estaban enseñando ellos.

Conocí a Agnès Szanto en enero de 1985 y la invité a la Argentina. Llegó en agosto de ese mismo año y a partir de entonces viajó casi todos, hasta ahora unas 38 veces. Estuvimos compartiendo una cantidad de formaciones en muchas regiones de Argentina y de Nuestra América. En enero de 1986 fui con ella a conocer el Instituto Lóczy de Budapest. Aunque Pikler ya había muerto un par de años antes, fui recibida muy gentilmente por todo el equipo que había trabajado con ella durante más de 40 años. A partir de entonces, evidentemente toda nuestra formación en psicomotricidad se impregnó del pensamiento de Pikler, de su experiencia, de su pedagogía, y del trabajo de formación y sostén de su equipo. Digo esto, porque para mí nunca más la psicomotricidad fue la misma, mientras integraba lo aprendido anteriormente, con Ajuaguerra, Wallon, con psicomotricistas como Françoise Désobeau y especialmente con Bernard Aucouturier. Fui percibiendo también aquellas prácticas coherentes o que no lo eran con el discurso, o con las teorías que sostenían o con las actitudes en la formación.

Aprendí, gracias a la delicada generosidad de Bernard Aucouturier, sobre su práctica educativa y terapéutica, y sobre la formación en su Práctica Psicomotriz, sobre sus contenidos y su didáctica, así me permitió convertirme en formadora de la ASEFOP. Con esa experiencia a fines de los años 80 me invitaron a crear la primera formación universitaria en Psicomotricidad específicamente en la Universidad Nacional de Cuyo. Fue un Postítulo en Psicomotricidad en la Facultad de Educación, que se cursaba durante 3 años, y que después se convirtió en la Licenciatura en Psicomotricidad. Tanto Bernard Aucouturier

como Ivan Darrault y Agnès Szanto fueron profesores invitados desde el principio. Desde hace 17 años dirijo la carrera de posgrado de Especialización en Desarrollo Infantil Temprano en esa Universidad.

Vivo con mucha alegría la profesión. Descubrí la alegría, el asombro y la maravilla de observar a los chicos. ¿Cómo? ¿Sólo observar? Me dicen algunos. Respondo que entiendo. ¿Cómo que sólo observar? Observar es intervenir con una actividad compleja, difícil y comprometida. Estoy fascinada porque sólo a partir de la observación uno puede decidir en qué momento acercarme cuando gesticulan para pedirme algo. Esto requiere estar muy atenta, entender, descubrir, meterme en su lenguaje.

S.M.: No estoy haciendo como se espera que actúe, pero estoy conectada.

M.CH.: No, no, no sólo conectada; ¡estoy haciendo otra cosa! Estoy haciendo activamente y viviendo inclusive tónico emocionalmente otra cosa, aunque no me mueva del lugar donde estoy, aquí sentada, observando. Estoy con ellos y con los formadores y con los alumnos en formación. Creo que fue y es una aventura extraordinaria, y lo sigue siendo a mi edad. A pesar de haberme jubilado en la Universidad o en mis actividades clínicas, sigo trabajando tanto como antes, en intensidad me refiero, y también con mucha alegría. La alegría no descarta los momentos de dolor, los momentos de decepción, de desaliento, los momentos de fatiga y de cansancio. Porque vivir da trabajo ¿Por qué no debería darlo? ¿Por qué debería de ser fácil? ¡Es complicado! ¡Es complejo, son épocas muy complejas! Y a mí me da una profunda alegría poder compartir con ustedes y contarles y que pueda interesarle algo de lo que pueda decirles.

S.M.: Has relacionado tu ámbito, de dónde has partido, el tiempo que llevas en

este hacer en esta profesión. Tenía otra pregunta: ¿Con qué ámbitos de intervención relacionarías la práctica psicomotriz?

M.CH.: Si hablamos de la práctica psicomotriz que fue creada por Bernard Aucouturier, consideremos también a otros, con los cuales él se formó y los que él formó y gracias a los cuales él fue constituyendo, integrando sus propias ideas y su propia práctica y a su vez le brindaron un terreno de experiencia, de discusión, de diferentes opiniones. Tanto ámbitos, por supuesto, en el de la educación a todo nivel. En el de la salud, tanto en la promoción como en la prevención, y en la terapia, y muy especialmente en la formación de profesionales, tanto psicomotricistas como otros que están en relación directa o indirecta con niños, familias e instituciones comunitarias.

S.M.: Era a partir de las relaciones que se creaban durante la formación.

M.CH.: Digamos que si la Práctica puede dejar de llamarse sólo práctica, para definirse también como una praxis de psicomotricidad, en el sentido de la profunda integración de la práctica y la teoría al mismo tiempo. No hay práctica sin teoría, seamos conscientes o no de ella. Aucouturier en particular y muchos otros han asumido el gran desafío y el trabajo de dar una fundamentación teórica coherente cada vez más avalada científicamente a una práctica que nació de manera más intuitiva, pragmáticamente.

Me parece que podría dejar de llamarse ya Práctica, porque es verdad que, al comienzo, a fuerza de la experiencia empírica (que como punto de partida siempre es lo más importante), la reflexión sobre esa experiencia ya construye teoría. Y creo que en este sentido llamamos Práctica Psicomotriz a lo que planteó y denominó así B. Aucou-

turier. En algún momento, en mi libro *Los Organizadores del Desarrollo, del mecanicismo a la "Psicomotricidad operativa"*, a partir de una convergencia epistemológica que integraba además de Wallon, Pikler, Szanto, Aucouturier, los aprendizajes que había hecho en la Escuela de Psicología social con Pichon-Rivière, sobre el valor de la formación grupal y a considerar profundamente la dinámica de los grupos, tanto de los formadores, como también de los niños con los que se estaba trabajando. Los grupos de niños no son solo agrupamientos o individualidades que se juntan en un espacio. Las dinámicas grupales tienen mucho de relato explícito, y también de implícito de lo no dicho, oculto en la acción. Y, como muchas otras cosas, uno aprende a desentrañar los sentidos o los significados que, a veces en lo más superficial, no se pueden captar con esa profundidad. Uno ve la punta del iceberg, pero no ve el resto, lo que subyace en su dinámica, en su movimiento. Desde esa perspectiva, la Psicomotricidad ha aportado mucho también a otras disciplinas. Ha aportado su visión de lo tónico emocional, de la significación profunda de la postura, el movimiento, la significación del espacio y del tiempo del gesto y las distancias en la constitución de la subjetividad, de la personalidad en su conjunto, como diría Wallon. No solamente se ha nutrido de ellas, con la idea tímida de que era una práctica, un saber hacer, una técnica, una tecnicidad, sino que las ideas y las teorías se tomaban de otro lado. Yo creo que ya no las tomamos sólo de otro lado. Nos hemos integrado dentro del campo profesional de las ciencias humanas. Para decirlo de alguna manera, en todas las ciencias humanas se ha debatido infinitamente, desde siempre, la relación entre cuerpo, mente y psiquismo. Y ahí donde se había escindido y dividido el cuerpo y el alma, el cuerpo y la psique, lo espiritual y lo

Digamos que si la Práctica puede dejar de llamarse sólo práctica, para definirse también como una praxis de psicomotricidad, en el sentido de la profunda integración de la práctica y la teoría al mismo tiempo.

Ese proceso de la psicomotricidad significó para mí un proceso de síntesis en un momento donde todo se fragmentaba, se analizaba y terminaba segmentado en campos separados de lo humano, del contexto y de la vida.

biológico, lo orgánico y lo social, lo endocrino, lo endógeno, lo propio del sujeto, el contexto del sujeto, lo innato y lo adquirido, la psicomotricidad ha aportado la unidad indisociable del cuerpo como sujeto humano integral, en movimiento, en acción y en transformación. Fue en esos momentos, en un momento histórico particular a mediados del Siglo XX, en que la práctica de la psicomotricidad fue delineando un campo de ejercicio profesional, mientras formulaba las teorías que la fundamentan y con las variaciones de estilo, propuestas, objetivos de cada uno de los ámbitos va revelando y buscando al mismo tiempo, el sustento epistemológico y antropológico.

Ese proceso de la psicomotricidad significó para mí un proceso de síntesis en un momento donde todo se fragmentaba, se analizaba y terminaba segmentado en campos separados de lo humano, del contexto y de la vida. Recuerdo que yo trabajaba en el servicio de otorrinolaringología del Hospital Escuela Gral. San Martín, que dependía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, y en ese servicio, donde se formaban especialistas de otorrinolaringología, estaban los cirujanos de laringe más renombrados. El jefe del servicio, que era un extraordinario cirujano, me decía *“finalmente vamos a acabar siendo los especialistas de la cuerda vocal derecha, oponiéndonos a los especialistas de la cuerda vocal izquierda”*, criticando la hiperespecialización que, por la fragmentación en el saber, había hecho que el ser humano se redujera a una sumatoria mecánica de órganos, con sus funciones todas separadas y estudiadas por diversas disciplinas y formando diversos profesionales, que sabían casi todo de fragmentos cada vez más pequeños del sujeto.

De pronto nos encontramos con las enfermedades psicosomáticas, pero otra vez con la discusión de cuánto de psico y cuánto de

soma; ¿cuánto de orgánico? Creo que, en ese sentido, la psicomotricidad ha podido aportar lo indisociable de la unidad, muchas veces enunciada como lo “bio-psico-social” de la naturaleza humana, pronto olvidada o desvalorizada en la práctica disciplinar. La Psicomotricidad con sus inseguridades, su timidez, su humildad, ha podido plantear y reivindicar en su práctica concreta, en ámbitos diferentes, de salud, de educación, de rehabilitación, en el abordaje de la discapacidad, o de los trastornos del desarrollo. Y en las prácticas comunitarias y de formación de profesionales, ha tenido mucho que aportar. A veces con pasos muy tímidos, pero en esa marcha, en ese murmullo, en ese susurro, mostraba su hacer en la práctica, y fundamentaba el por qué, el para qué y el para quiénes, no sólo con palabras sino en los hechos. En ese camino la Psicomotricidad ya ha podido concretar aportes al mundo científico de las ciencias humanas; aportes no reconocidos suficientemente todavía por las instituciones, por las que tienen años de instituidas, pero en camino del diálogo interdisciplinario, tal vez pueda conformarse una mirada transdisciplinaria.

S.M.: ¿En qué ámbitos has intervenido?

M.CH.: Durante muchos años, como yo era fonoaudióloga, por mi título y mi incumbencia profesional, mi práctica era en el terreno clínico de la patología del lenguaje. Me apasionaba el trabajo sobre el lenguaje, al principio con adultos que habían perdido el lenguaje, y poco a poco con niños, convenida de que se podía intervenir antes para prevenir las dificultades. Trabajé muchos años con tartamudos jóvenes y adultos y me fui dando cuenta de dos cosas: primero, que en los problemas del lenguaje subyacen casi siempre dificultades en la comunicación y la comunicación es anterior al lenguaje verbal.

La comunicación gestual y mímica es una función altamente desarrollada por los bebés, incluso desde el nacimiento. Como ya decía Wallon en 1924, los bebés están atentos, abiertos al mundo del cual dependen. Voraces para captar los signos, para poder comprender las señales significantes de las actitudes del entorno. En principio, lo gestual, lo mímico, las distancias, los ritmos, las tonalidades de las voces, todo lo que, pleno de emociones, resuena en el cuerpo y se llena de sentido. Todas las percepciones convergen, se ponen en relación, los sonidos devienen señales orales que se transforman en signos lingüísticos. La formulación lingüística implica un acceso a una simbolización y a una transformación de elementos que se habían constituido durante los periodos de conexión y de comunicación corporal, inter corporal, donde lo lingüístico llegaba como una música, como una melodía, como una frecuencia, como un ritmo, pero no como una palabra, o una frase o una significación textual, o como un idioma, o como una lengua. Llegaba como parte de las manifestaciones tónico-emocionales, posturales, corporales, proxémicas, sonoras del sujeto, en un “combo relacional” de las formas de contacto y conexión con el ambiente significativo.

Para mí fueron muy importantes en ese sentido los aportes de Ivan Darrault, que trabajó muchos años con Aucouturier. Juntos escribieron *La Práctica Psicomotriz en Educación y Terapia*. Creo que hubo ahí una relación muy rica entre ambos, en lo que aportaba uno y lo que aportaba el otro. A mí me permitió abrirme al campo de la semiótica, al campo de las significaciones y no solo de la lingüística. El lenguaje antes del lenguaje es el cuerpo, y el cuerpo es psicomotricidad. Para mí eso fue una integración. El cuerpo es cuerpo con otros, entonces es la psicología social, y para mí todas estas disciplinas

que había estudiado en escuelas distintas, se articularon todas, pudiendo entender, construir y operar, para poder ser. Eso me dio una intensa alegría, permitiéndome también transmitirla. Porque la alegría con la que yo lo vivo, como dice muy bien Henri Wallon, se contagia. En parte, mi pasión por el conocimiento a algunos les contagia las ganas, el interés, la alegría de descubrir.

S.M.: Tu manera de transmitir, con mucha calma, sin prisa, permite que tomemos tiempo a los que escuchamos para entender lo que se está transmitiendo; tenemos el ejemplo en las Jornadas organizadas por la AEC³. Te has centrado en los beneficios que aporta dejar a los niños y niñas que se muevan según su momento evolutivo, permitiendo el movimiento autónomo, analizando las posturas, por dónde pasan estas. También tenía otra pregunta: ¿Qué te han aportado a ti como persona todos estos aprendizajes? Aunque nos lo has ido desgranando en todo tu discurso.

M.CH.: Aprendí en la misma vida la alegría de estar viva y de gozar de la belleza. No solamente tengo una familia que quiero mucho y que me enseñó a sobrevivir en las circunstancias más dolorosas, pérdidas irreversibles, que duelen hoy como siempre, heridas que sangran permanentemente, pero también a recuperar la alegría de la profesión. Mis Maestros y Maestras (algunos y algunas ya las he nombrado) me enseñaron qué es lo principal en la profesión más allá de las instituciones y de las tensiones institucionales. Me dieron mucha fuerza y energía para ubicar y defender lo principal, y a poner en otro lugar lo secundario, aunque a veces lo secundario pase a ser lo principal. Me aportaron cierta maleabilidad para percibir con confianza lo que me enseñan los chicos.

Como ya decía Wallon en 1924, los bebés están atentos, abiertos al mundo del cual dependen. Voraces para captar los signos, para poder comprender las señales significantes de las actitudes del entorno.

3. AEC: Asociación para la Expresión y la Comunicación.

S.M.: Otra pregunta: ¿Cómo crees tú que influye la mirada o este hacer psicomotriz en el desarrollo de las niñas y niños?

M.CH.: Yo creo que uno los mira no con una mirada psicomotriz u otra, sino con la mirada de personas que miramos, en una relación de interés, con ganas, pero también con los contenidos teóricos y prácticos, con los saberes que afectan nuestra mirada. Uno también aprende a mirar ya que, cuando empieza, no se mira igual ni se ve lo mismo. Es aprender a mirar para descubrir lo que está oculto en los pequeños detalles, que dicen tanto. En todo caso, se trata de mirar con todo el cuerpo y no sólo con los ojos; lo que pude aprender, esencialmente me lo ha brindado esta disciplina, la psicomotricidad. Y en este caso sé que esa mirada le hace bien a los niños y a sus familias. Lo agradecen y les agradezco siempre para poder conservar, a pesar de todo, la esperanza y la fuerza.

S.M.: ¿Qué aspectos serían los más importantes de estos valores, de esta tecnicidad, que necesita un buen psicomotricista?

M.CH.: Creo que en ese sentido la integración de los aspectos que Aucouturier puso muy bien en su dispositivo de formación, tiene que ver con la interrelación y también con la coherencia entre la teoría, la técnica y las actitudes de las personas. Ese punto de reflexión, fundamentalmente, el proceso de aprender a tomar conciencia de las propias actitudes y pensar si éstas son realmente útiles en la relación con los otros o si la obstaculizan, me parece una formación imprescindible y original.

Creo que esa formación integral, que no descarta ninguna faceta, en las épocas en que Aucouturier comenzó con la formación de formadores en psicomotricidad, era totalmente inédita, aunque ya se utilizaban técnicas de acción o laboratorios vivenciales, dramatizaciones en grupos de formación de

otras profesiones. En el sistema formal de formación de docentes o profesionales de la salud, la conciencia y la reflexión, el cuestionamiento de lo que pasa a cada uno como personas, en el contexto del trabajo concreto, en cada situación, no tenía lugar, no aparecía. Se tenía el mandato del deber hacer, saber y pensar, pero las emociones y las actitudes de las personas no contaban, ni siquiera con aquello tan señalado del discurso de que cada uno es un ser único, original. Lo único y original era absolutamente desvalorizado, descartado, ignorado en los sistemas educativos en donde se tendía a homogeneizar, a formar para ser uniforme, igual a los otros. Entonces, esta reflexión que permitió, con todos sus avatares, sus dificultades, la formación de los psicomotricistas, para mí fue absolutamente innovadora, clara y además indispensable.

Creo que la formación de los psicomotricistas me parece maravillosa por esas distintas vertientes integradas. Después cada uno transita esa propuesta con su propia historia en su aventura o desventura. Me parece muy innovadora y sin ella toda profesión de ayuda al otro queda muy restringida. Tanta es realmente mi convicción que, junto con las personas que trabajan conmigo hemos integrado la experiencia vivencial, corporal, actitudinal en lo que llamamos “formación personal” en trayectos curriculares, ya sea de educadores de la primera infancia, en las cátedras de psicomotricidad de las carreras de fonoaudiología y en otras. No había teoría o práctica que no pasara antes por una vivencia, por una experiencia, por una posibilidad, además de pensar y de reflexionar sobre esa experiencia antes de teorizarla y de utilizar el bagaje técnico de cada profesión. Me parece indispensable después partir y siempre volver al niño o a la persona, a los sujetos con los cuales nosotros nos comprometemos, para ayudar, para compartir, para transitar juntos una etapa importante de la historia de esa vida.

Uno también aprende a mirar ya que, cuando empieza, no se mira igual ni se ve lo mismo. Es aprender a mirar para descubrir lo que está oculto en los pequeños detalles, que dicen tanto.

S.M.: ¿Qué emociones crees que se mueven en psicomotricidad en las criaturas y cuáles no en las y los psicomotricistas?

M.CH.: ¿Y cuáles no se mueven? Todas, ¡y cómo se mueven! En cada uno será diferente, de acuerdo a cómo los psicomotricistas o los coordinadores pueden captar y de alguna manera contener, en el sentido de alojar, de albergar esas emociones, y de permitirse dar cuenta de esas emociones, eventualmente de transformarlas en actos creativos; es la clave. Creo que una cosa es hablar de la técnica, como bien decía Aucouturier y otra cosa es hablar de tecnicidad, porque las técnicas se pueden aprender; la tecnicidad es diferente: ésta se vive, se experimenta.

S.M.: ¿Crees que la psicomotricidad ayuda a la persona a construirse un cuerpo y poderlo habitar?

M.CH.: Yo creo que la psicomotricidad ayuda eventualmente a habitar mejor, pero no es la que ayuda a construir el cuerpo. El cuerpo está ahí, existe, me pese o no me pese, me duela o no me duela, lo sufra o lo goce; está ahí y no solo está, sino que va siendo, con mayor o menor conciencia; puede vivirlo peor o mejor. Entonces lo que uno hace o lo que uno podría hacer es pensar y experimentar cómo ese cuerpo que siente, piensa, quiere, desea, puede hacerlo de la mejor manera posible.

S.M.: ¿O es conciencia de lo que va pasando?

M.CH.: Seguro, pero la conciencia también va pasando por distintos niveles, porque yo no puedo pedirle a un bebé que tenga conciencia. Lo que tiene es el goce o el sufrimiento de vivir; por lo tanto, uno con esas emociones tiene muchos instrumentos para poder, por lo menos, brindarle el pequeño tiempo y lugar que deja huellas. No me cabe ninguna duda de que los tiempos vividos in-

tensamente con el otro, por el otro, a veces contra el otro, dejan huellas, y si esas huellas son constructivas, permiten crecer, revivir, reactivar las ganas, los deseos del vivir, y de crear y de maravillarse en este mundo maravilloso, a pesar del caos que amenazante que vivimos. Pero dentro del enorme caos también está la resistencia para mantener, para seguir desarrollando aquello bello, que no se destruyó, que no se transformó en un plástico inerte.

S.M.: Como psicomotricistas sabemos que los elementos que intervienen en el desarrollo de la práctica psicomotriz son los de tener un proyecto con un dispositivo de espacio, tiempo, materiales, y la formación de las y los psicomotricistas.

M.CH.: El factor tiempo, el tiempo de vivir, es un tiempo de procesos, de intercambios, de ritmos diferentes. Acordar un ritmo con el otro no es inmediato, aprender lleva tiempo. Las formaciones son cada vez más cortas porque la gente no dispone de tiempo, no quiere o no puede comprometerse por los lapsos prolongados que requiere una formación. Hay una inseguridad traumática, con respecto al futuro, creo, que hace que uno esté presionado para que todo sea rápido, aquí y ahora. Entonces nos perdemos la dimensión temporal. Lo necesario en el movimiento y en la relación no solo es espacial, materiales apropiados. Los procesos necesitan tiempo, sobre todo. Aprender a transitar ese tiempo a veces, parece difícil —¿cómo pierdo el tiempo!—, la ansiedad nos devora; hemos naturalizado vivir ansiosos y provocar ansiedad en los niños.

S.M.: También una de las características de esta formación es la de integrar los tres puntales: la teoría, la práctica en sala y la formación corporal y personal.

El factor tiempo, el tiempo de vivir, es un tiempo de procesos, de intercambios, de ritmos diferentes. Acordar un ritmo con el otro no es inmediato, aprender lleva tiempo.

¿Nos podrías decir por qué son tan importantes y cuál de ellos crees imprescindible para acabar siendo buen psicomotricista?

M.CH.: Primero de todo, los tres puntales son importantes e imprescindibles y en realidad tampoco pueden existir uno sin el otro. Aun cuando en muchos lugares la formación personal o actitudinal no esté formulada como tal, no tenga un espacio, un tiempo definido, con un encuadre, objetivos y tecnicidad necesaria, aparece desvalorizado, pero en esos casos, lo tiene igual, subyace, tal vez, como una matriz mecanicista y homogeneizante de relación con los otros.

Creo que hay una rigidización en algunos ámbitos, que no permite ver que hay una comunicación implícita que impregna todo tipo de relaciones y es preciso hacerla explícita, consciente y trabajar con ella. Recuerdo que cuando se armó la carrera de Psicomotricidad en la Universidad de Cuyo, que de alguna manera promoví, organicé y coordiné durante muchos años, la psicóloga que la Facultad designó para el equipo docente, criticaba y se oponía al trabajo corporal en la formación actitudinal argumentando: “eso que ustedes hacen ahí son grupos terapéuticos y eso en la facultad no puede ser”. Realmente ella pensaba que no era pertinente en la Universidad, pues ahí no se ponen en discusión las actitudes personales, sino que se valora la adquisición de conceptos y procedimientos profesionales. Nosotras, las psicomotricistas, pensábamos cómo valorar las competencias relacionales de los estudiantes en una carrera esencialmente relacional, y otorgarle un título habilitante para trabajar con niños cuando esa persona puede ser insensible, muy inhibida o hasta agresiva sin posibilidades de realizar un proceso de aprendizaje de las actitudes imprescindibles para el rol profesional.

S.M.: Para ir acabando, quería conectar con lo último que estamos escuchando en tus intervenciones: nos has hablado mucho sobre los cuidados. ¿Qué destacarías sobre este tema relacionándolo con la psicomotricidad? ¿Qué es imprescindible saber para una buena cuidadora, cuidador o acompañante suficientemente bueno, como nos decía Winnicott?

M.CH.: El “sistema de actitudes del psicomotricista” es esencial. Saber esperar, abrirse a escuchar, observar, resonar emocionalmente con el otro y tomarlo en cuenta, querer cuidarlo y plantearse qué cuidados necesita y de qué manera poder hacerlo con respeto. Además, hay elecciones personales: el cuidador no es cuidador en abstracto; sabe que para cuidar también hay que ir conociendo al otro y estar disponible en una relación empática. También es una pregunta que uno se va haciendo y construyendo: ¿Puedo estar abierta a la aventura con esta persona, con esta familia? ¿O de pronto la aventura se me presenta difícil, tengo que vencer demasiados obstáculos, miedos propios o situaciones complicadas para mí? Por lo tanto, hay que tener tolerancia a las frustraciones que forman parte del no poder y decidir no asumir el cuidar a otro un cierto tiempo. Creo que lo más importante es la red de contención, la red de colegas, el poder debatir con el otro, establecer confianza, las miradas que acompañan y la responsabilidad de responder a esa confianza depositada en uno. Es invaluable sentir que no se está sola: uno no es uno sin los otros. Y para despedirme, sobre todo, darles muchas gracias por permitirme pensar y conversar con Uds.

El “sistema de actitudes del psicomotricista” es esencial. Saber esperar, abrirse a escuchar, observar, resonar emocionalmente con el otro y tomarlo en cuenta, querer cuidarlo y plantearse qué cuidados necesita y de qué manera poder hacerlo con respeto.